

VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2010.

Poéticas monumentales de la guerra.

Santangelo, Mariana.

Cita:

Santangelo, Mariana (2010). *Poéticas monumentales de la guerra. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-027/119>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eORb/SZk>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Poéticas monumentales de la guerra

Mariana Santángelo

CONICET

santangelo.mariana@gmail.com

1. Introducción

Cerradas alianzas, inconscientes negaciones, combativas complicidades, violentas selecciones, todas éstas pueden ser las variadísimas formas en que un colectivo político se relaciona con “la tribu de sus propios muertos”; todas ellas conectan el tiempo presente con el tiempo sido de aquellos que ya no están pero que han dejado la enigmática carga del legado. Pero si es verdad que la herencia de las generaciones pasadas siempre ha resultado problemática, actualmente, en un momento en el que –como ha apuntado Andreas Huyssen– el olvido y una capacidad y un deseo inauditos de almacenar todo lo que sucede se vuelven las dos caras de una misma y paradójica moneda, esto posee características bien peculiares.¹

Precisamente, el vínculo histórico con los muertos ha sido célebremente tematizado para el caso occidental por Philip Ariès en su conocida obra *La muerte en Occidente*, pero aunque en este trabajo el autor abarca un amplísimo arco de tiempo, llama la atención que no haya dedicado un lugar privilegiado al tema de la muerte violenta o al de los caídos en la guerra. Pues si es cierto que las relaciones que los hombres establecen con la muerte deben ser historizadas, tal como entre otros ha demostrado ese estudio, no lo es menos que el modo en que las sociedades se vinculan con la *muerte violenta*, y más específicamente, con las muertes en el campo de batalla, se ha transformado a lo largo de los siglos, volviendo imprescindible para el análisis la incorporación de una dimensión política y social completamente nueva.

Pero como se encarga de recordar Oncina Coves, el lenguaje no es el único “*médium* en el que la historia se acrisola en el recuerdo o es experimentada como realidad”. Los monumentos forman parte de ese campo extralingüístico que ya fuera señalado por Koselleck y que definió como el ámbito de la “sensibilidad política”. Así, el aspecto material-sensible de estos

¹ Huyssen, Andreas: “Monumentos y memoria del Holocausto en la era de los medios”, en *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, Buenos Aires, FCE, 2007.

artefactos genera otro modo de acercamiento, consciente de que se trata de una lógica de la representación histórica y política de características peculiares.²

Este trabajo analiza algunos de los monumentos a los caídos en la guerra que Argentina entabló con Gran Bretaña en 1982 por la posesión de las Islas Malvinas, con el objetivo de develar que también en ellos están presentes los combates por la(s) memoria(s) sobre lo que ese conflicto significó para la sociedad argentina. Veremos que la derrota fue asimilada de maneras muy diversas, y el examen de los monumentos será una excelente ocasión para comprender cómo la memoria de ese acontecimiento encuentra caminos no siempre convergentes para abrirse paso.

2. Algunos sentidos para Malvinas

En *Las guerras por Malvinas*, el historiador Federico Lorenz afirma que “la guerra de 1982, si bien fundamentada ideológicamente en un reclamo territorial, tuvo entonces, y tiene hoy, para muchos, un sentido mucho más amplio que ése”, y se pregunta qué es lo que se pone en juego cada vez que pronunciamos el nombre del archipiélago. De esa forma, evita la tentación de subsumir “los significados otorgados a Malvinas después de la guerra en la construcción previa, aquella que contribuyó al amplio apoyo que ésta tuvo”. Así, se abre un panorama complejo: el de las *guerras* que comenzaron el día en que la guerra misma terminó, el de la lucha por apropiarse de sus sentidos y por proponer otros nuevos.

Pero seguir la historia que comienza allí es también acercarse al complejo mapa político de la Argentina postdictatorial, en un momento en que antiguos conceptos de nación quedaban en entredicho y que, a su vez, se fraguaban nuevos modos de relacionarse con esa herencia. La tarea resultaba más difícil aun si consideramos que la finalización del conflicto hirió de muerte a un gobierno militar que ya se encontraba en crisis, pero que no pudo evitar el proceso de reapertura democrática que se inició a finales de 1982 y se coronó con la asunción del radical Raúl Alfonsín en diciembre de 1983. Ese hecho también impactó de lleno en una escala de valores y una semántica patriótica que en modo alguno había nacido con la dictadura, pero que ésta había sabido explotar con grandes réditos. La derrota bélica y la recuperada democracia fracturaron profundamente esa axiología nacional que, entre otras

² Koselleck, por ejemplo, afirma la configuración paralela de su semántica con su iconografía y su iconología, pues lo que es decible (*sagbar*) acaso sea mostrable (*zeigbar*), “y lo que no se puede mostrar (*zeigbar*) quizá se puede decir. Mostrar es siempre al mismo tiempo silenciar (*verschweigen*). Esto se corresponde también con los criterios de selección de conceptos fundamentales. La cuestión de umbrales comparables en la evolución del culto monumental y del lenguaje político puede enlazarse con ello”

cosas, y en mayor o menor medida, les había hecho creer a los conscriptos que combatieron en las islas que era *su deber* estar allí. Retirado el marco de inteligibilidad del llamado a las armas, la experiencia de la guerra se volvió indescifrable, o al menos las condiciones para que ésta pudiera tramitarse públicamente se vieron comprometidas. Pues si es verdad que para que los combatientes no hayan “caído en vano” ellos deben haber muerto en el cumplimiento de tareas que cuenten con la aprobación de los sobrevivientes,³ el hecho de que prontamente la guerra haya sido leída como una trasnochada aventura militar y sus soldados como “jóvenes víctimas” de los mismos que habían sembrado el terror en el continente implicaba que el relato de la experiencia de los que estuvieron en Malvinas no pudiera ya hacer pie en el imaginario que hasta ese entonces le daba sustento.

Los discursos sobre los sentidos de esta guerra, de variadísimas procedencias, pero, ante todo, en la voz de sus ex combatientes, comenzaron a circular en un contexto en que la recuperada democracia imponía un nuevo repertorio político, para la cual términos como *combatiente, patria, liberación, dependencia o nación* no resultaban completamente audibles. La sociedad civil se expresaba entonces con una nueva terminología que daba cuenta del deseo de pasar a un “tiempo nuevo”, a distancia tanto de los horrores dictatoriales que empezaron a conocerse masivamente como de la violencia de las organizaciones políticas de los 70, colocadas a menudo como el reverso de lo sucedido a partir de 1976.⁴ De este modo, la superposición simbólica de la guerra de Malvinas con el terrorismo de Estado –parte central de la construcción del pasado reciente llevada a cabo por amplios sectores de la sociedad civil– provocaba el reproche de un colectivo juvenil que había construido su identidad en base a una guerra que ahora era rápidamente escondida bajo la alfombra y leída sólo en el estricto marco de lo actuado por la dictadura. Si Malvinas había sido la guerra *de los* militares, *su* locura y *su* derrota, ¿dónde quedaban ubicados los que habían combatido en ella? ¿Quedaban en pie de igualdad con los genocidas? ¿Se los equiparaba, por el contrario, a las víctimas? Así, los ex combatientes se vieron atravesados por un fuerte deseo de diferenciarse, lo cual será la oportunidad, por un lado, de examinar la por entonces allanada polisemia del significante *Malvinas* para la sociedad argentina y, por otro, de revisar el amplio apoyo social recibido mientras duró la contienda. La sociedad civil se sustraía, una vez más, del problema.

³ Ver Ashplant, T.G., Dawson, G., y Roper, M.: *The Politics of War Memory and Commemoration*, London, Routledge, 2000.

⁴ No es tema de esta monografía analizar las complejas relaciones de la sociedad civil con la llamada “Teoría de los dos demonios” –que iguala la violencia estatal con la violencia de las organizaciones revolucionarias–, uno de cuyos hitos es el Prólogo al *Nunca Más* (1984), y que otorga a la sociedad civil un lugar pasivo y carente de responsabilidad en un “combate” del que ella se sustrae inocentemente.

En este sentido, las memorias sobre Malvinas no pueden escindirse de los avatares de la compleja transición democrática argentina, pues los diversos actores que sostienen estas memorias forman parte de una agenda política y cultural que incorpora el tema Malvinas pero que lo trasciende largamente. Ejemplo de esto ha sido la forma en que ciertas organizaciones de derechos humanos se relacionaron con los discursos de ex combatientes que cuestionaban la victimización a la que eran sometidos. Esta última operación era posible porque ya se había realizado sobre otros jóvenes combatientes: los militantes políticos desaparecidos por la dictadura. En los primeros años democráticos –por razones que exceden el tema de este trabajo– y en el contexto del Juicio a las Juntas Militares, prevaleció la imagen del “joven inocente” que había sido víctima de un terrorismo estatal que con total arbitrariedad secuestraba, torturaba, mataba y desaparecía a “cualquiera” que “pensara distinto”.⁵ Sólo tras cierto tiempo fue posible modificar esta imagen y devolver a esos “jóvenes prístinos” sus idearios, sus proyectos *políticos*, sus “futuros pasados”. Pero en los primeros años ochenta, sustentada en el discurso que la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas hacía circular vía el *Nunca Más*, la “joven víctima del Estado dictatorial” era una imagen que podía también cobijar a estos actores incómodos que eran los conscriptos⁶ que habían regresado de la guerra en el sur argentino.⁷

En el caso de Malvinas, esta victimización estuvo presente en la misma denominación con la que la sociedad civil bautizó a los ex combatientes: “los chicos de la guerra”.⁸ A partir de ella los jóvenes conscriptos comenzaron a ser pensados como víctimas inermes de unas Fuerzas Armadas que no habían estado “a la altura de las circunstancias”, que habían replicado en las islas la brutalidad y la arbitrariedad con la que actuaban en el continente. Pero

⁵ Sobre el tema, ver Vezzetti, H.: *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

⁶ Hasta el año 1994, existió el Servicio Militar Obligatorio, por el cual todo varón nacido en Argentina podía ser seleccionado para cumplir con al menos un año de instrucción militar. Durante la guerra de Malvinas la cantidad de soldados conscriptos con una preparación que en muchos casos no pudo llegar a completarse y pésimamente pertrechados para el clima y el terreno que los esperaba, llegó a ser de un 80 por ciento en relación con los militares profesionales. Son asimismo innumerables las denuncias de abusos y torturas que sufrieron los conscriptos a manos de sus superiores, lo cual alimentó la idea de que la acción de los jefes militares en las islas continuaba las aberraciones cometidas en el continente.

⁷ Aunque esta imagen (la de la “víctima”) no deja de ser cierta, resultó funcional para esta “primera” memoria histórica de la dictadura, una que todavía no “podía” indagar en las razones políticas de los militantes o, por ejemplo, en sus responsabilidades por la hiper-militarización de algunas organizaciones revolucionarias; las Fuerzas Armadas resultaban aún un actor que, aunque débil, poseía una presencia activa y desestabilizante como para abrir de frente ese debate.

⁸ Esta denominación quedó cristalizada luego de la publicación del libro homónimo escrito y publicado por Daniel Kon en 1984, y que encontró su versión cinematográfica ese mismo año. Ambos, libro y película, tuvieron una gran circulación en la época, y aún hoy el film es muy utilizado en las escuelas, lo cual, sin que medie ninguna reflexión al respecto, no hace más que acentuar esa particular identificación de los ex combatientes y los sentidos que de ella se derivan para Malvinas en general.

los que habían peleado en las islas tenían otra idea de lo que había significado, y lo que ahora significaba, Malvinas para ellos. El epíteto de “chicos” no describía bien lo determinante que resultaba su paso por las trincheras, ni tampoco la idea de que ellos respondieron como adultos al llamado nacional a las armas, un deber que retrospectivamente quedaba desdibujado en el nuevo escenario político pero que había sido alimentado por dos instituciones estatales muy presentes en la historia argentina como formadoras de ciudadanía: el servicio militar obligatorio y la escuela pública.⁹ A su vez, el ser tratados como niños-víctimas los dejaba muy mal preparados para su vuelta al ámbito público, en el que quedaron prontamente invisibilizados por algo que ellos pasaron a denunciar como una “campaña de desmalvinización” que negaba cualquier palabra, política o no, que fueran a decir. Por el contrario, para muchos, el haber combatido en Malvinas los convertía en adultos con responsabilidades especiales en la nueva hora política. Existen numerosos testimonios de ex combatientes que se ven a sí mismos en un lugar moral privilegiado para enfrentar los desafíos de la transición; según ellos, su sacrificio por la nación legitimaba su voz.¹⁰ Deseaban ser escuchados por lo que habían dejado en las islas. Por otro lado, afirmar que eran “chicos” que habían sido conducidos por adultos irresponsables a una “guerra sin sentido”, lograba que esa misma sociedad se olvidara de que al lado de la posibilidad de ser muertos, habían encomendado una misión que implicaba también la posibilidad de matar. Tras la resistencia de los jóvenes soldados a perder su *agencia*, las preguntas por la responsabilidad del todo social seguían pendientes. Así, la posición de muchas agrupaciones de ex combatientes se construía en tensión con un contexto social que, como afirma Lorenz, “miraba en tono refundacional sus pasadas *naturalizaciones de la violencia*”.¹¹

⁹ “Hace poco, unos pibes que entraron a la secundaria después del 83 me preguntaron por qué fui a Malvinas. La verdad es que no se me ocurrió que podía no ir. No se me ocurrió no obedecer cuando vino la policía a decirme que tenía que presentarme ese mismo domingo de Pascua en el comando. Nos habían educado para que no se nos ocurriera la posibilidad de negarnos a obedecer”. Herrscher, Roberto: “Fotos borrosas y una carta perdida”, en *Sí*, suplemento juvenil del diario *Clarín*, 12 de junio de 1992. Para un recorrido de cómo se fue construyendo el significativo Malvinas a lo largo de la historia argentina, véase el excelente libro de Rosana Guber, *¿Por qué Malvinas?: de la causa nacional a la guerra absurda*, FCE, Buenos Aires, 2001. Y para el tema de la relación entre educación y Malvinas, véase *Malvinas y escuela. Testimonios para una crónica de las Islas en el aula*, Buenos Aires, CePA, Ministerio de Educación, GCBA, 2007.

¹⁰ “En muchas oportunidades nos critican por levantar consignas que algunos ‘demócratas’ tildan de políticas. Bien saben que nuestra organización lucha por los problemas que, desde la culminación de la guerra de las Malvinas, padecemos los ex combatientes. Pero se olvidan –y lo anunciamos sin soberbia– que nuestra generación ha derramado sangre por la recuperación de nuestras islas y que eso nos otorga un derecho moral [...] No nos olvidemos que durante la guerra de Malvinas se expresó una nueva generación de argentinos que, después de la guerra, conoció las atrocidades que había cometido la dictadura. Nosotros no usamos el uniforme para reivindicar ese flagelo que sólo es posible realizar cuando no se tiene dignidad. Nosotros usamos el uniforme porque somos testimonio vivo de una generación que se lo puso para defender la patria y no para torturar, reprimir y asesinar.” Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas: *Documentos de Post Guerra. N° 1. Serie de Cuadernos para la Malvinización*, Buenos Aires, 1986, p. 23.

¹¹ “Malvinas, veinte años después”, en *Todo es Historia*, N° 417, abril 2002, pp. 6-15.

3. Monumentos, identidades y política

En la década de 1980 se produjo un auge del interés social y académico por las memorias de guerra.¹² Un importante grupo de historiadores del arte prestó atención a los memoriales de guerra y los consideró significativos tanto social como escultóricamente, en un marco mayor de desafío a la historia militar, política y económica convencional por encontrar objetos relevantes de estudio que habían quedado hasta entonces relegados de la vista de los académicos. La tarea encabezada por Pierre Nora en el caso francés sobre *Les Lieux de Mémoire*¹³ es ya a esta altura bien conocida. Según Ashplant, Dawson y Roper, los *memoriales de guerra* han sido estudiados en general a partir de dos paradigmas: primero, su significado fue vinculado al ámbito del duelo, de orden psicológico individual o colectivo, como una respuesta humana ante la muerte y el sufrimiento engendrado por la guerra; en segundo lugar, quedaron ligados al ámbito político, como una práctica relacionada con rituales de identificación nacional y “como elemento clave en el repertorio simbólico del que dispone un Estado-nación para ligar a sus ciudadanos dentro de una identidad nacional”.¹⁴ Para estos autores, trabajos como los de Jay Winter serían representativos del énfasis puesto en la primera posición, y los análisis de Eric Hobsbawm (*La invención de la tradición*) o Benedict Anderson (*Comunidades imaginadas*) ejemplos de la última.

Precisamente, en *Sites of memory, sites of mourning. The Great War in European cultural history*,¹⁵ Jay Winter afirma que se concentra “en los memoriales de guerra como *foci* de los rituales, la retórica y las ceremonias de duelo”, pues para él “este aspecto de su significado no ha atraído particularmente la atención de los académicos en este campo. La mayoría ha sido arrastrada a los memoriales por creerlos canales de ideas políticas, desde el republicanismo al nacionalismo, fascismo, nacionalismo, estalinismo, o las múltiples justificaciones del llamado a las armas”.¹⁶ De este modo, eleva su crítica respecto de los estudios que exageran los significados políticos de las memorias de guerra, tratando de mostrar que el trabajo de duelo, y su expresión en los monumentos a los caídos, es un impulso humano compartido que no conoce límites nacionales. Por más poderoso que sea el mensaje estético o político que los

¹² Por supuesto de este “auge” no participó el ámbito argentino.

¹³ Nora, P. (comp.): *The Realms of Memory. The construction of the French Past*, Nueva York, Columbia University Press, 1998.

¹⁴ Ashplant, T.G., Dawson, G., y Roper, M.: *The Politics of War Memory and Commemoration*, London, Routledge, 2000.

¹⁵ Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

¹⁶ *Idem*, pp.78 y 79.

monumentos portan o atraen, según Winter, ellos tienen “otro sentido para la generación que pasó por el trauma de la guerra”, y por lo tanto es importante destacar lo que de ellos se refiere a la pérdida individual y al trabajo de duelo de los directamente involucrados. Así, Winter se embarca en el intento de rescatar el significado ritual de los memoriales, a menudo oscurecido por su simbolismo político, el cual, una vez que el momento del duelo ha pasado, supuestamente es todo lo que podemos ver. Pero lo que en el análisis de Winter no queda del todo explicitado es que el simbolismo político no tiene lugar con posterioridad al duelo directo, sino que la memoria de los implicados directos –y por lo tanto las formas que darán a sus memoriales– está imbricada en memorias nacionales de larga data, compartida por distintos grupos que desde dentro y fuera del Estado procuran hegemonizar el modo en que será recordada la guerra. Por otro lado, aunque es cierto que la experiencia primaria no es intercambiable, y la de la muerte se cierra sobre aquellos que la padecieron, dentro del repertorio formal de los monumentos a los caídos se esconde una gramática política material que es preciso descifrar y que se construye a fuerza de la repetición de unos motivos que sólo se modifican muy lentamente.¹⁷ Es decir, la actividad de duelo individual se produce en el contexto de ciertos sentidos y comprensiones dominantes que, en sí mismos, se encuentran en disputa pero que, durante un período dado, determinan qué se puede conmemorar y en qué términos. Esto no significa que la memoria colectiva sea propiedad de las fuerzas preponderantes en el Estado (y menos en el marco argentino, donde, por ejemplo, sin la sostenida fuerza social de los organismos de derechos humanos la memoria sobre la dictadura sería muy distinta), pero sí que es ineludible lidiar con el repertorio simbólico disponible socialmente en ese momento y en cuya construcción los agentes estatales conservan singular relevancia. Esta interpretación se opone explícitamente a las ideas de Winter, quien decide concentrar su atención en los grupos de la sociedad civil pues sospecha que las operaciones estatales son siempre “manipulatorias”.¹⁸

¹⁷ “La oferta iconológica de los monumentos en su conjunto se transforma sólo lentamente y a largo plazo, y se vuelve lacerante la discrepancia entre la acelerada experiencia de la muerte –y por eso olvidable– y la creciente dificultad para fijar permanentemente su recuerdo.” Oncina Coves, F.: “Necrológica del *Outsider* Reinhart Koselleck: el «historiador pensante» y las polémicas de los historiadores”, en *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, N° 37, julio-diciembre, 2007, pp. 35-61.

¹⁸ “Las políticas de conmemoración y memoria de la guerra siempre deben enfrentar el duelo y los intentos de resolver el daño psicológico y físico causado por la guerra; mas dondequiera que las personas emprenden las tareas de duelo y reparación, la política siempre está operando”. Ashplant, Dawson y Roper, *op. cit.* Lo que tampoco queda suficientemente señalado en este análisis es la impredecibilidad de toda voluntad de memorialización, cuya incidencia política, una vez que es depositada en el arendtiano “ambito de acción”, difícilmente pueda ser absolutamente controlada por los agentes estatales. Véase Schindel, E.: “Inscribir el pasado en el presente: memoria y espacio urbano”, en *Política y cultura*, UNAM, N° 31, 2009, pp. 65-87.

Al analizar el complejo universo monumental es preciso atender a la precaución de Antoine Prost respecto del error de considerar *a priori* a los monumentos como sitios pro bélicos o vinculados sin más a los nacionalismos de derecha.¹⁹ Por otra parte, el apoyo a la guerra puede construirse desde múltiples motivos y aun el nacionalismo de derecha puede expresarse de modos diversos, de modo que la prevención de Prost es un punto de partida para el análisis y no una explicación que agote el tema. Sólo como ejemplo, Hurcombe ha analizado que, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, comenzaron a ser muy frecuentes los monumentos o tumbas que representaban de modo más realista la figura del combatiente, *i.e.* como soldado herido, como esqueleto o como agonizante, en tensión con la representación patriótica del héroe erguido que pelea hasta el último segundo antes de su muerte.²⁰ Además, el heroísmo, el honor o la gloria forman parte de un repertorio de valores que no pertenece sólo al nacionalismo patriótico. Son necesarios otros signos para diferenciar, por ejemplo, el patriotismo republicano del nacionalista. El sistema de signos debe ser abordado en su conjunto, en una hermenéutica atenta a la combinatoria y los reequilibrios que se producen entre todos los elementos. Para los casos que Prost analiza, aparecen elementos que son ambiguos, como la corona o la palma, que no sólo pueden funcionar como representaciones de la victoria sino también del duelo; o las figuras femeninas, símbolos de la victoria pero también de la República...

Tampoco es correcto suponer –como ha ocurrido con Malvinas– que los monumentos bélicos tienen como únicos comitentes a los agentes estatales. Prost ha mostrado que, por ejemplo, en el caso de la Primera Guerra Mundial, aunque existió en Francia un fuerte incentivo desde el Estado para construir monumentos que honraran la memoria de los caídos (no eran emprendimientos puramente privados), éste se produjo en fuerte vinculación con las comunidades locales, que muchas veces tomaban la iniciativa, en una precisa relación entre tres términos: la comuna, los ciudadanos muertos y Francia. Asimismo señala que el culto a los muertos había comenzado incluso antes de terminarse la Guerra, cuando aún no se sabía si sería una victoria o una derrota. Esto pone en cuestión la idea de que los memoriales son siempre el resultado de una fría decisión oficial. En el origen de los monumentos a menudo existió un movimiento previo a la victoria bélica, o bien, como en el caso de Malvinas, muchos se emplazaron después de una derrota que condujo a un silenciamiento social que, a su turno, se volvía más tolerable por tales construcciones.

¹⁹ Prost, Antoine: “Monuments to the Dead”, en Nora, Pierre (ed.), *Realms of Memory. The construction of the French Past*, Nueva York, Columbia University Press, 1998.

²⁰ Hurcombe, M.: “Raising the dead: visual representations of the combatant’s body in interwar France”, en *Journal of War and Cultural Studies*, v.1(2), 2008.

Los monumentos son artefactos materiales que condensan el tiempo histórico y resulta lógico que se encuentren inmersos en la misma batalla simbólica que las demás memorias de guerra. Pero por su permanencia en la piedra pretenden algo más que perpetuar el recuerdo de los muertos en cuyo honor inicialmente fueron erigidos. Si en primer lugar la oferta identitaria se confiere a los directamente involucrados (los mutilados, los caídos en combate pueden ser identificados como “héroes, víctimas, mártires, vencedores, compañeros, vencidos, como los garantes o los campeones del honor, la fe, la gloria, la lealtad, el deber, como los guardianes y los protectores de la patria, la humanidad, la justicia, la libertad, o determinado régimen”),²¹ paralelamente los sobrevivientes se sumen ellos mismos en una variedad de identificaciones que tienen el deber de examinar; los muertos obligan a los vivos a pronunciarse sobre ellos. Los monumentos suelen abrir una línea de fuga hacia el futuro que conecta (o desconecta) a los caídos con una comunidad de acción que se piensa como heredera de esas muertes. La forma en que ese colectivo se considere a sí mismo resultará de, y determinará a su vez, los modos en que decida nombrar a sus combatientes, por ejemplo, incorporando como legítima o rechazando como injusta la causa por la que ellos lucharon. Pues si para los monumentos de guerra existe la posibilidad de funcionar como el lugar de duelo ritual de cualquier construcción funeraria, no es un dato menor que allí no se conmemora cualquier muerte, sino una que ha sido violenta y por la mano del hombre. Desde ese momento, como señala Koselleck, es preciso que irrumpa la cuestión de la justificación, es decir, el *morir por* o *para* algo. Pero la inscripción de esa causa es algo que pertenece plenamente a los vivos, quienes incorporarán el sentido de esas muertes en la construcción de su propio presente histórico.

4. Algunos monumentos a los caídos en Malvinas

Luego de la derrota de junio de 1982, era difícil que el discurso y el lugar social de los ex combatientes se hicieran visibles. Sin embargo, casi como una forma de resistencia ante lo que era experimentado como un abandono oficial de los que allí habían luchado, los monumentos a los caídos se multiplicaron en todos los rincones del país. Cada comunidad, por iniciativa municipal o como resultado de la acción de las asociaciones de ex combatientes, erigió un pequeño homenaje a sus caídos. En muchos casos, sobre todo en pequeñas localidades apartadas de los centros principales del país, el monumento al “muerto propio” en Malvinas fue la forma que dichas sociedades hallaron para participar del mapa más amplio de

²¹ Koselleck, R. “Les *monuments* aux morts, lieux de fondation de l’identité des survivants”, en *L’expérience de l’histoire*, Seuil/Gallimard, París, 1997.

la nación.²² En esos memoriales a menudo aparecen inscripciones mediante las cuales se hace notar cómo tal o cual pueblo *dona* a sus hijos a la patria, una contribución dolorosa por la cual pertenecería a ella (a la patria) en pie de igualdad con otras poblaciones y que, además, le otorga el derecho a ser escuchado en sus eventuales reclamos. Se examinará a continuación una pequeña muestra de monumentos, contruidos en la ciudad y la provincia de Buenos Aires y en algunas provincias patagónicas, que resultan significativos para lo planteado en este trabajo.

Una de las construcciones más conocida es el cenotafio llamado “Monumento a los Caídos en la Guerra de Malvinas e islas del Atlántico Sur”,²³ erigido en pleno centro porteño e inaugurado en junio de 1990 por el entonces presidente Carlos Menem. Este ejemplo confirma plenamente que las elecciones de los sitios no son inocentes y que la significación de los monumentos radica parcialmente en que los lugares donde se alzan están cargados de sentidos previos.²⁴ En el caso de este cenotafio, cuyo comitente fue el propio Estado nacional, el lugar de su emplazamiento –la barranca de la Plaza San Martín– generó más de una controversia. Diversas voces se alzaron para señalar que su ubicación, en un lugar de alto tránsito de la ciudad (en frente se encuentra la central ferroviaria de Retiro y la Terminal de Ómnibus), no era propicia para “la meditación, el respeto y la rememoración que merece todo homenaje”.²⁵ No obstante, lo que más preocupaba a estos sectores era el modo en que este nuevo símbolo se vincularía con los que ya estaban presentes en la zona.²⁶ Una de las mayores preocupaciones había sido que a metros se alzaba la llamada Torre de los Ingleses – en la Plaza Britannia, la cual había cambiado de nombre por Plaza Fuerza Aérea cuando

²² No es posible desarrollarlo aquí pero aquí se abre el interesante problema de la diferencia entre las “memorias de la Capital (o grandes centros urbanos)” y las “memorias del interior”. El estado de la memoria social tiene una geografía disímil, y es interesante notar que en muchos casos, en algunos pueblos del interior, la memoria sobre Malvinas tiene un protagonismo aun mayor que la memoria sobre el terrorismo de Estado.

²³ Existe un detallado análisis del mismo en Guber, R.: *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Editorial Antropofagia/IDES, 2004.

²⁴ “El tema de dónde edificar memoriales y monumentos ha convocado siempre larguísimas discusiones, ya que su poder de evocación está directamente relacionado con la densidad que sugiere, así sea ilusoriamente, la unidad en el *locus* del acontecimiento pasado y el signo presente. Es posible, sin duda, erigir un memorial o un monumento en un sitio que no guarde ninguna huella concreta de la tragedia, o que sólo la simbolice indirectamente.” Graciela Silvestri: “El arte en los límites de la representación”, en *Punto de Vista*, N°68, 2000.

²⁵ Estas palabras fueron pronunciadas por el arquitecto García Vázquez, por entonces presidente de la Sociedad Central de Arquitectos, en *Clarín*, 21/5/90. Por otro lado, bajo esta crítica se escondía la intención de que el duelo se segregara al ámbito de los deudos directos, lo cual daba pie a la cuestión de quiénes resultaban los deudos de esta guerra nacional. Honrar a los “muertos” de Malvinas simplemente por razones humanitarias significaba erradicar toda referencia al patriotismo, es decir, optar por un lugar distante geográfica y simbólicamente de un espacio que ya estaba connotado como emblema de la nación (la Plaza San Martín).

²⁶ Por supuesto, otras voces directamente objetaban que “dentro de los tesoros de argentinidad que albergaba la plaza”, no podía tener lugar una guerra absurda y comandada por militares desaparecidos; no podía “enseñorearse” a la guerra de Malvinas.

comenzó el conflicto en 1982²⁷-. Uno de los críticos se preguntaba: “¿es válido colocar el monumento a pocos metros de la Torre de los Ingleses, cuando nuestro gobierno ve con alborozo la reanudación de las relaciones con Gran Bretaña?”²⁸ Lo que molestaba era el hecho de que el cenotafio se convirtiera en una reivindicación nacionalista eternizada en la piedra. Pero lo que no hacían explícito sus críticos era que lo que en realidad estaba en disputa no era esta “pedagogía nacional de los monumentos”, sino los alcances de la idea de nación que el cenotafio venía a reivindicar. De hecho, las mismas voces creían ver que la obra mancillaba “simbólica y físicamente la figura del Libertador [San Martín]”. La discusión urbanística sobre las normas que supuestamente protegían la Plaza San Martín no es aquí relevante, pero sí la idea de que el nuevo cenotafio “*mancillara simbólicamente*” la figura del prócer nacional por antonomasia, lo cual además era el asunto que más los preocupaba. El objeto de conflicto era el “linaje” del propio San Martín. La cuestión se centraba en si los ex combatientes de Malvinas podían ser también descendientes de una gloria militar que la historia había elegido como uno de los pilares de la independencia nacional. Como afirma Guber: “La localización del monumento en un ‘territorio nacional’ y bajo el monumento ecuestre del ‘Padre de la Patria’ sugería que San Martín prohijaba a los apellidos/nombres de las placas. Este linaje en que los ‘héroes’ o ‘caídos’ de Malvinas descendían, incluso topográficamente, del mismo padre era el blanco central de los críticos, quienes también podían considerarse hijos suyos”.²⁹ De lo que se trataba entonces era de poner en entredicho la vinculación de los combatientes malvineros con el ejército patrio; las puertas del panteón se cerraban, pues no cualquiera podía entrar allí. Se sucedían, en cambio, los intentos de filiación por parte de ciertas agrupaciones de ex combatientes, quienes a partir de reconocer su origen en San Martín, trataban de reivindicarse como miembros del “verdadero ejército”, diferente según ellos del que había cometido las violaciones a los derechos humanos a partir de 1976.³⁰

²⁷ Entre las numerosas connotaciones del sitio, en la Plaza Britannia, frente a la Torre Monumental (comúnmente conocida como “de los Ingleses”), en los primeros años de la década del 80, se sucedieron los actos políticos de los ex soldados, que lo convirtieron en un lugar donde volvía a “actuar” la causa nacional anticolonialista.

²⁸ Menem utilizó el emblema Malvinas dentro de su campaña presidencial, incluso en el desfile del 9 de Julio incluyó a los veteranos de la guerra, pero era un gesto que contradecía la política del ministro de Relaciones Exteriores, “quien con intensas negociaciones buscaba reestablecer relaciones con Gran Bretaña dejando de lado bajo un ‘paraguas diplomático’ las tratativas sobre el archipiélago. El reclamo se suspendía en pos de que Argentina rearticulara sus relaciones con Europa occidental y el Commonwealth.” Guber, *op. cit.*

²⁹ Guber, *op. cit.*, p. 154.

³⁰ Para Lorenz, la figura de San Martín remite al panteón oficial construido a partir del siglo XIX, pero si bien eso es completamente cierto, también lo es que a menudo la figura del *Libertador de América* fue usada como un espejo “limpio” y lo suficientemente lejano como para no estar sujeto a disputa, en el que los combatientes podían reflejarse en su búsqueda de modelos militares alternativos al ejército represor que se había arrogado el poder en 1976. Allí se inscriben las discusiones sobre quiénes formaban el “verdadero” ejército y los llamados a depurar a unas Fuerzas Armadas que, en muchos casos, seguían siendo pensadas como la institución encargada de proteger la soberanía, aunque se impugnara a los actores concretos que formaban “inmerecidamente” parte de

No obstante, la comisión encargada del cenotafio refutó todas estas objeciones recordando que el deseo presidencial era “perpetuar un justo homenaje a los caídos en la contienda”, levantando “una clara columna de apuntalamiento al espíritu nacional (...) que *por encima de todo sectarismo* contribuye a engrandecer a los pueblos”. La intención explícita se cifraba entonces en la operación que Menem estaba realizando con el pasado nacional: cerrar las heridas por encima de los antagonismos recientes.³¹ Precisamente, la descripción que hicieron los agentes oficiales del cenotafio tocaba un tema de singular relevancia, que muestra con claridad cómo la forma material de los monumentos expresa una decisión particular sobre la construcción del pasado reciente. “Son 649 nombres que no llevarán grado ni orden alfabético, para sugerir que más allá de sus orígenes, historias, jerarquía militar o circunstancias de sacrificio, fueron igualados por la muerte.”³² Este gesto formal democratizaba el culto a los muertos, individualizando sin ninguna identificación de rango a todos los caídos, quienes quedaban equiparados ante la muerte. Pero esto tenía un efecto ambiguo: por un lado, la gloria y la condición de héroes que se les asignaba entraban en tensión con la condición de chicos-víctimas que se les atribuía socialmente, eso podía ser leído como un acto de reconocimiento hacia sus acciones; pero, por otro, la falta de distinción en esta operación lograba que los militares volvieran a un punto céntrico de la ciudad diseminados con los civiles, en su mayoría conscriptos. Esto matizaba el rechazo antimilitarista y desactivaba rápidamente las luchas internas sostenidas entre los soldados rasos y los cuadros altos de las Fuerzas Armadas. Si la forma del cenotafio parecía confirmar el proceso de *democratización* que Koselleck encontró en la estética de la memoria de los caídos a partir de la Revolución Francesa³³, sus efectos en el contexto nacional eran bien particulares. Un halo colectivo parecía unir en un solo cuerpo al pueblo en armas con los que habían sido señalados como sus verdugos dentro del continente. Sin dudas, esta igualdad en la muerte significaba una dedicatoria a promover la igualdad en la vida, muy afín con el proceso

ella. Pero, como afirmamos en la primera parte, se veían en el terrible problema de defender lo actuado (tomar las armas) en un contexto en que las armas de la nación (las Fuerzas Armadas) se encontraban en el banquillo de los acusados y recibiendo la reprobación de gran parte de la sociedad civil.

³¹ Dentro de esa “operación” también puede incluirse la repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas en 1989, tramitada por el mismo presidente y coronada con un discurso en el que instaba a interpretar ese gesto como un momento en el que las diferencias históricas finalmente se dejaban de lado para ingresar a una época de “reconciliaciones”.

³² *Gente*, 17/05/90. Para una discusión similar pero sobre la confección del listado de nombres que serían grabados en el “Parque de la Memoria”, véase: Vezzetti, H.: *Sobre la memoria revolucionaria*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, p. 211 y ss.

³³ Según Koselleck, dicho proceso de *democratización* (por el cual desaparecen las diferencias estamentales e irrumpe una vindicación igualitaria de los caídos), se añade a un proceso anterior de *funcionalización*, por el cual se desdibuja el sentido trascendente de la muerte, su interpretación religiosa, para dar lugar a las interpretaciones sociopolíticas mundanas.

de “reconciliación social” que Menem estaba intentando en relación con el pasado reciente. Además, la individualización sin distinción de rango u otra característica lograba disolver los colectivos que estaban luchando por ganar visibilidad en el espacio público, a fuerza de diferenciarse de lo actuado por los altos mandos de las fuerzas.³⁴

Como resulta evidente, las formas de este cenotafio dialogan (e incluso sus autores lo han reconocido como inspiración explícita) con el memorial de Vietnam en Washington, realizado en 1982 por la artista Maya Lin. Sin embargo, existe una diferencia difícil de omitir. En el cenotafio norteamericano la forma y los materiales elegidos son austeros, y su lugar de emplazamiento también lo es. El efecto es que cualquier tipo de “celebración o afirmación de patriotismo, o apelación a la nobleza de las armas o a la dignidad del morir por una causa justa” ha sido eliminado. Todo lo que puede verse son los nombres, listados uno debajo del otro, y nuestro propio reflejo en el mármol oscuro del monumento. Si bien formalmente el caso porteño es similar –piedra oscura y lustrosa y una lista de nombres tallados–, el efecto logrado dista de serlo. Y es que el lugar de emplazamiento muestra aquí su importancia para terminar de completar o abrir el significado de un monumento o de su posterior recepción. De la maqueta ideal emplazada en el vacío abstracto del estudio a la construcción efectiva del monumento suceden cambios previstos o imprevistos pero altamente significativos. Como se ha visto más arriba, son las marcas de los lugares de la ciudad las que se activan recibiendo y definiendo al nuevo artefacto que albergan en su seno. La experiencia que Maya Lin ha logrado en el Memorial de Vietnam, una *intimidad* entre los nombres tallados en bajorrelieve y el mudo reflejo de los visitantes en el mármol, es imposible de vivir en el cenotafio porteño, pues en este último caso *la Torre de los Ingleses inunda el reflejo en muchas de sus placas*, reenviando la experiencia a un terreno en el que la disputa histórico-política está sumamente activa. Si en el caso del Memorial de Vietnam, su autora, jugando con la tradición del *land art*, buscaba que el mismo monumento se convirtiera en el marco para un recorrido que enfatizara la acción y la vivencia de los visitantes, en el cenotafio porteño el paisaje urbano sobredetermina inmediatamente cualquier tipo de sentido otorgado al monumento.³⁵ Las connotaciones del lugar hacen que lo experimentado no pueda escapar a la dicotomía

³⁴ Ecos de este problema se pueden escuchar en la crítica que Habermas realiza a la confianza de Koselleck en la democratización de la muerte como modo de no jerarquizar a las víctimas, bajo la idea de que en realidad las diferencias efectivamente existieron y que los criterios de discernimiento entre grupos son un elemento de gran relevancia como para negarlos después; es decir, Habermas considera que esto es un hecho que no puede quedar anulado por una buena razón ilustrada o, como era el tema de la disputa, enterrado en un monumento dedicado a *todas* las víctimas de la Segunda Guerra sin distinción.

³⁵ Es verdad que, como me ha sugerido Nicolás Kwiatkowski, esto también sucede con el memorial de Maya Lin, el que incluso buscando efectos de intimidad, no puede deshacerse de la visual que desde allí se tiene del Memorial de Washington, y de los recorridos cívicos que la misma zona propone.

planteada por el paisaje mismo, en el que la Torre de los Ingleses es una presencia espectral, devolviendo cualquier lectura del conflicto a una larga disputa con el “enemigo imperial”.

Una estética completamente distinta posee el monumento erigido en Quequén (al sur de la provincia de Buenos Aires; inaugurado en 1999). Una figura femenina de enormes dimensiones y envuelta en una gigantesca bandera argentina sostiene en sus brazos a un caído; el contenido altamente patriótico de esta *pietà* es más que evidente. No se ha elegido ninguna forma austera para la representación y la propia inscripción en la base del monumento termina de decidir el sentido que pretende atribuírsele a la guerra de Malvinas: “*Gesta de Malvinas de Quequén*”. Así, la heroificación de los participantes se hace sin dubitaciones. Incluso, la insistencia en los lazos familiares de los caídos con la patria no sólo se hace visible en las formas, sino también en el poema que está grabado a un costado y que lleva por título “Hijos de la Gloria” y en el cual la patria aparece identificada como una madre que ha dejado partir a sus valientes hijos hacia el sur. Esta misma figura de la *mater dolorosa*, de larga productividad en los monumentos a los caídos en todo el mundo, encuentra una versión interesante en la ciudad de Puerto Madryn (Chubut). Que el comitente haya sido en este caso un centro de ex combatientes es un elemento importante a tener en cuenta. Pues ésta también es una *pietà*, pero una en el que el lazo horizontal entre dos soldados ocupa el lugar central. Por otro lado, el caído es representado dramáticamente rendido, con su cuerpo desfallecido en manos del compañero, y no en una pose serena y casi dormido, como en muchas *piedades*. Esta factura más realista tensiona en parte la glorificación de la guerra, pues muestra la muerte de un modo que impugna la identificación patriótica inmediata o efusiva. Bastante distante de esto último se encuentran las figuras elegidas para conmemorar la guerra en la localidad de Río Grande (Tierra del Fuego). Tres soldados en guardia parecen todavía permanecer en el teatro de operaciones defendiendo las islas. La victimización encuentra su reverso exacto en estas figuras activísimas que son representadas con las armas en sus manos. Este monumento patagónico resulta sumamente expresivo del modo en que los sentidos de Malvinas se diversifican por el territorio nacional. En estas localidades sureñas (Río Grande además funcionó como uno de los principales puertos hacia las Malvinas durante el conflicto), la memoria sobre la guerra está a flor de piel y sus asociaciones de ex combatientes (existen muchos de ellos que desde otras provincias decidieron mudarse allí “para estar más cerca de las islas”) son de las más activas en su resistencia a lo que ellos llaman el proceso de desmalvinización y de victimización que más arriba se ha mencionado. Sus monumentos, a menudo con figuras uniformadas y orgullosamente erguidas, claramente ilustran eso; para

ellos la guerra no ha terminado y parecen obligados a reactualizar todo el tiempo la reivindicación territorial.

5. Conclusiones

“El monumento (...) y la forma en que una sociedad se remite a él al construirlo, protegerlo o destruirlo son reveladores de la manera en que esa comunidad piensa o efectúa su relación con el tiempo, y de la manera en que se piensa a sí misma”. Agacinski, Sylviane, *Volumen. Filosofías y poéticas de la arquitectura*.

Después de la breve descripción hecha en el apartado anterior sobre algunos ejemplos de monumentos a los caídos en Malvinas, aparece el interrogante de cuáles son las formas hegemónicas que han sido elegidas para representar este conflicto. Como se ha visto, la estética de las representaciones difiere en más de un sentido, sin embargo, puede encontrarse un elemento común que entra, a su vez, en diálogo con el derrotero de la iconología de la muerte violenta en otras regiones. A partir de las catástrofes y de las millones de muertes de la Segunda Guerra Mundial, los símbolos funerarios, los monumentos y los lugares de memoria empiezan a modificar su función. Si antes éstos estaban orientados hacia la *fundación de un sentido*, donde la muerte en combate podía ser recuperada a partir de una idea colectiva que la trascendiera y la justificara, luego de las contiendas mundiales del siglo XX los monumentos tienden a aparecer como lugares de interrogación, en los que el sentido debe ser encontrado. El *para qué* de la muerte de los combatientes se vuelve opaco y así también sus representaciones iconográficas. El debate sobre la irrepresentabilidad monumental del Holocausto y la aparición de los llamados *contramonumentos* como sitios de reflexión más que de afirmación nacional o de otro tipo se inscriben en esa tendencia.³⁶ No obstante, nada

³⁶ “No cesa entre nosotros la valoración del arte como la expresión más alta de la dignidad y libertad humanas, sustituto de la religión, alejado de las lógicas del puro poder, moviéndose en un ámbito que ni la técnica ni la ciencia pueden penetrar, gritando o susurrando, pero siempre *representando* lo que no se puede decir. ¿Es esto, aún, así? La segunda posguerra llevó a una crisis profunda de estos presupuestos, y el arte público se vio seriamente cuestionado en sus formas típicas. En parte porque la monstruosidad de los hechos inclinaba a callar, pero en parte también porque ya en la década del cincuenta, mientras las formas habituales de los estilos clásicos en arquitectura y escultura recordaban las palabras enfáticas de fascismos y dictaduras, las artes proclamaban el abandono definitivo de cualquier representación, aun la abstracta, para hablar sólo de sí mismas, de sus técnicas, y convertirse así por derecho propio en objetos entre los objetos del mundo *real*. El monumento, el memorial y el museo fueron, en este proceso, minados en sus propias bases desde las posiciones culturales progresistas. Se les objetó su sustracción de la “vida”; su carácter sustitutivo con respecto a una memoria activa; su afán de permanencia. El monumento fue especialmente atacado, en la medida en que operaba una selección drástica y una expresión peligrosamente selectiva del pasado; además, su envergadura implica necesariamente el apoyo irrestricto del poder político del momento. Tema académico por excelencia, fue expulsado de los asuntos considerados por muchas líneas de vanguardia, y cuando se lo enfrentó, se intentó escapar del género. Los ideales de lo efímero, lo móvil, lo útil, lo cambiante, que el arte moderno promovía en sus versiones más radicales, se oponían a lo pétreo, lo clásico, lo retórico, lo permanente. Por último, el arte debía trabajar *en contra* del tranquilo acuerdo con el público, con lo que la idea de *arte público* pasó a ser una contradicción en

de esto aparece con fuerza en el caso de Malvinas. ¿No están acaso los monumentos que aquí se presentaron precisamente tratando de *fundar* (antes que *sospechar*) algún tipo de sentido para una experiencia que socialmente era invisibilizada? Como si ese “señalamiento en silencio” propio de las construcciones contramonumentales aquí no fuera posible, como si los *ruidos de la nación* siguieran haciéndose presentes en estas obras, ruidos cuya legibilidad desafía nuestra audición. Son pocos los monumentos que se preguntan por lo absurdo de la guerra, o que más bien pongan en danza la polisemia del conflicto o del significante Malvinas para la sociedad argentina. Y es que se puede suponer que la oferta iconográfica sobre Malvinas corre paralela con el aplazamiento de un debate social más amplio sobre lo sucedido. Aquí, sin embargo, debemos atender a un punto que no ha estado en el centro de este trabajo pero que resulta imprescindible para comprender con mayor complejidad estos artefactos conmemorativos. El problema de la “literalidad”, el “carácter asertivo” o la “convencionalidad” de muchos de estos artefactos debería tener en cuenta también las peculiaridades de sus “hacedores” o “artistas”, pues quizás el anonimato de muchos de ellos repercuta en un mayor peso del repertorio y de las solicitaciones simbólicas directas de los comitentes, a distancia de las mediaciones más densas del campo artístico que vemos en muchas otras representaciones en torno, por ejemplo, a la última dictadura argentina. Es decir, lo que nos estamos planteando es la necesidad de pensar las mediaciones entre los regímenes de memoria y su representabilidad simbólica (al que se le suma la complejidad de los campos en los que esa representabilidad y los diálogos con cierta tradición iconográfica se juegan, i.e. los ámbitos de la producción “artística profesional” pero también los de la producción “amateur”). ¿Otro estado de la memoria social sobre Malvinas habilitaría otro tipo de encargos?

Lo que sí resulta verificable, por ejemplo, es que los diversos grupos de activismo artístico que han puesto en tensión la relación entre arte, política y memoria en las dos últimas décadas, en modo alguno han encontrado en Malvinas un tema convocante para sus intervenciones, incluso habiendo podido inscribirlo como avatar directo de la dictadura militar. Incluso la experiencia que el dinámico Grupo de Arte Callejero (GAC) realizó en diciembre del año 2000 produciendo una lluvia de soldados de juguete en paracaídas desde los pisos superiores de la Torre de los Ingleses no estaba inscripta particularmente en la discusión en torno a la problemática malvinera, sino que resultó una anticipación y prueba de

sus términos.” Silvestri, Graciela: “El arte en los límites de la representación”, en *Punto de Vista*, N° 68, 2000. Otro análisis de la problemática de los monumentos en el marco de las memorias de las dictaduras del Cono Sur puede encontrarse en: Schindel, Estela: “Inscribir el pasado en el presente: memoria y espacio urbano”, en *Política y cultura*, N° 31, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2009, pp. 65-87.

la acción que realizarían un año después y en la que el soldado quedaba vinculado como ícono de los sistemas de seguridad y vigilancia que protegían el orden neoliberal vigente. En definitiva, sin dudas “Malvinas” no ha logrado recibir la atención que el activismo artístico sí le brindó a todas las otras piezas de la memoria sobre la historia reciente de nuestro país.

En parte, entonces, los monumentos presentados aquí parecen responder a una tarea de resistir a la invisibilización y a la victimización que sufrieron muchos de los ex combatientes, pero a su vez ilustran el hecho de que –a diferencia de lo sucedido con la memoria de la última dictadura, donde de alguna manera puede percibirse un cambio en y una proliferación de los debates sobre los sentidos de la experiencia política y militante de los 70 y, paralelamente, sobre su representabilidad simbólica– el significado de Malvinas muestra una peculiar terquedad a la discusión pública.³⁷ Actualmente, los sentidos otorgados a Malvinas continúan en gran parte vinculados al repertorio vigente en la década del 80, en los que la figura del *héroe* resulta el revés inmediato del de la *víctima* (y viceversa). Es lícito preguntarse entonces qué es lo que deposita la sociedad argentina en Malvinas para que se vuelva una cuestión tan difícil de transitar y debatir en estas últimas décadas.³⁸

³⁷ Es curioso notar que en el marco de las discusiones que suscitó el film *Los rubios* de Albertina Carri, en la entablada entre Martín Kohan y Cecilia Macón en las páginas de la revista *Punto de Vista*, esta última liga las opciones de Carri sobre las formas de reconstrucción del pasado a “algunas de las [premisas] desarrolladas para describir y –justificar– los contramonumentos. De acuerdo con la presentación desarrollada por James Young, se trata de artefactos que recuerdan, más que su relación con los eventos, el gran abismo temporal que se abre entre ellos mismos y el genocidio al que se vinculan”. A continuación, Macón señala que los “memoriales convencionales” sellarían la memoria, y afirmarían su intención de fijarse al pasado. Con esta comparación, Macón celebra *Los rubios* como una suerte de *contramonumento* que le escapa al didactismo y que “incita a la audiencia fuera del control del hacedor” (Macón, Cecilia: “*Los rubios* o del trauma como presencia”, *Punto de Vista*, N° 80, 2004). Dicho esto, es lícito preguntarse si existe algo parecido en el cine sobre Malvinas, es decir, si es posible preguntarse qué varió en el arco que va desde la inaugural *Los chicos de la guerra* hasta las últimas películas que tematizan la guerra de Malvinas, en comparación con el derrotero que va desde los relatos cristalizados en los primeros años 80 con películas como *La noche de los lápices* y *La historia oficial* hasta la impugnación que de ellos hace el citado film de Carri. Tal interrogación no perseguiría la necesidad de encontrar una “falta”, o una anomalía, o menos una suerte de retraso, en la “memoria sobre Malvinas” respecto de la “memoria sobre la dictadura” (ligadas de modo indisoluble), sino la forma en que la primera muestra una tenacidad y un lugar muy distinto en la constitución de identidades, por así decirlo, afirmativas de nación. Los monumentos de Malvinas parecen, en su mayoría, ser “aseverativos”, buscando pronunciarse efectivamente sobre un sentido sobre los hechos, entañando primero una necesidad de pronunciarse ante un olvido antes que un modo de hallar una innovación expresiva frente a una supuesta inflación de la memoria sobre lo sucedido.

³⁸ El interés sobre las cartografías de la memoria ha sido creciente en este último tiempo, no sólo vinculado con el problema de la representación (o la irrepresentabilidad) posterior del horror sino también con el modo en que la ciudad y el territorio albergan las huellas de lo acontecido. Por tal motivo, resulta por lo menos sintomático que un libro tan esperado, después de una tarea notable y exhaustiva de parte de la organización Memoria Abierta, como *Memorias en la ciudad. Señales del terrorismo del Estado en Buenos Aires*, publicado a fines de 2009, haga una sola mención a Malvinas y dentro de la tematización general de la Plaza de Mayo, sin elegir un solo lugar significativo vinculado con las complejas luchas por los sentidos de la guerra. Resulta significativo, decimos, pues la propuesta del libro desde su introducción es “«hacer visibles» los lugares que en la ciudad y en el país resultan significativos para un ejercicio de memoria sobre la historia reciente”.

Bibliografía utilizada:

- Agacinski, S.: *Volumen. Filosofías y poéticas de la arquitectura*, Buenos Aires, La Marca Editora, 2008.
- Ashplant, T.G., Dawson, G., y Roper, M.: *The Politics of War Memory and Commemoration*, Londres, Routledge, 2000.
- Guber, R.: *¿Por qué Malvinas?: de la causa nacional a la guerra absurda*, Buenos Aires, FCE, 2001.
- Guber, R.: *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Editorial Antropofagia/IDES, 2004.
- Hurcombe, M.: "Raising the dead: visual representations of the combatant's body in interwar France", en *Journal of War and Cultural Studies*, v.1(2), 2008.
- Huyssen, A.: *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, Buenos Aires, FCE, 2007.
- Koselleck, R.: "Les monuments aux morts, lieux de fondation de l'identité des survivants", en *L'expérience de l'histoire*, París, Seuil/Gallimard, 1997.
- Lorenz, F.: *Las guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.
- Lorenz, F.: Entrevista en *Al filo*, Revista digital de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, Año 3, N° 18, junio-julio 2007.
- Macón, C.: "Los rubios o del trauma como presencia", en *Punto de Vista*, N° 80, 2004.
- Oncina Coves, F.: "Necrológica del Outsider Reinhart Koselleck: el «historiador pensante» y las polémicas de los historiadores", en *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, N° 37, julio-diciembre, 2007, pp. 35-61.
- Prost, A.: "Monuments to the Dead", en Nora, Pierre (ed.), *Realms of Memory. The construction of the French Past*, Nueva York, Columbia University Press, 1998.
- Santángelo, M., Luzuriaga, P. y Panizo, L. (comps.): *Malvinas y escuela. Testimonios para una crónica de las Islas en el aula*, Buenos Aires, CePA, Escuela de Capacitación Docente, 2007.
- Schindel, E.: "Inscribir el pasado en el presente: memoria y espacio urbano", en *Política y cultura*, UNAM, N° 31, 2009, pp. 65-87.
- Silvestri, G.: "El arte en los límites de la representación", en *Punto de Vista*, N° 68, 2000.
- Vezzetti, H.: *Sobre la memoria revolucionaria*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

-Vezzetti, H.: *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

-Winter, J.: *Sites of memory, sites of mourning. The Great War in European cultural history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.